

## Lectura en Latinoamérica años 90: estrategias de fomento y animación

Eliana Yunes\*

En Latinoamérica, somos muchos los que desde hace años venimos luchando por crear condiciones más favorables para el desarrollo de la capacidad lectora de niños y jóvenes. En Brasil, en esta década, se han puesto en marcha muchas experiencias piloto y se han probado muchas estrategias. Pero, sin embargo, sabemos que es necesario continuar en la búsqueda de medios más eficaces para alcanzar nuestro objetivo frente a un desafío siempre en crecimiento al igual que la población.

El reconocimiento a nuestra labor no nos trae ilusiones en cuanto al éxito pasajero de las iniciativas que hemos tenido y que, en años anteriores, hemos podido exponer en reuniones internacionales del CERLALC, del IBBY, y de IRA. Además, el público de esta ponencia sabe que no hay magia ni fórmulas sencillas para vencer en poco tiempo la ignorancia y el analfabetismo acumulados en cinco siglos de abandono y sumisión de nuestros pueblos.

Las observaciones que hoy voy a exponer provienen de una larga investigación que se hizo entre el Cedop/FNLIJ con el apoyo de la Finep, organismo de financiamiento para estudios y proyectos de nivel académico, y la Universidad, para evaluar las acciones de promoción de la lectura llevadas a cabo en el país durante los 100 años de la República (1889-1989).

En las sociedades de masa industrializadas la capacidad de leer y escribir ha dejado de ser un privilegio para convertirse en una necesidad fundamental del desarrollo socio-económico. Mientras el discurso lo reconoce, la praxis lo niega. Entre nosotros falta siempre la voluntad política para sacar sectores extensos de la población del aislamiento que les impone la imposibilidad de compartir la información y establecer formas propias de expresión y comunicación.

Información por cierto muy distinta de la vehiculizada por los medios masivos, la TV en especial, con su voz orientada hacia la aparente homogeneidad que se impone desde los temas hasta los puntos de vista sin dejar margen para las divergencias.

La lectura que cede paso a la reflexión –sobre todo la lectura literaria, tomada por engaño como placer estético sin compromisos sociales– es la puerta para la concretización de un nuevo mundo, en el cual efectivamente esté presente la pluralidad de voces y los distintos intereses en conflicto en nuestras sociedades. Paradoja, en los países de América Latina la ficción está más cerca de la vida que el noticiero diario.

Pero, hemos dejado la responsabilidad de la lectura al sistema educativo formal como si el aparato escolar, por sí solo, pudiera crear una sociedad lectora.

---

\* Fundación Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, Brasil.

¿Qué pasa entonces si la gente que va a la escuela no logra alcanzar una convivencia permanente con la lectura? ¡Más bien nuestra escuela aleja del libro antes que permitir el goce de la lectura! En sociedades donde se ha devaluado el saber de la tradición oral casi todo depende de estos signos gráficos en los cuales fijamos una a una las muchas caras que la verdad puede tener.

Lo que sorprende es que la labor más destacada en esta dirección está llevada a cabo casi siempre por agencias no gubernamentales, institutos y fundaciones que suplen la deficiencia o indiferencia estatales; pero, muchas veces sus excelentes propuestas e iniciativas no son tomadas en cuenta y desaparecen por la ausencia de un canal idóneo y seguro para su desarrollo.

La omisión ya cuesta a Latinoamérica el precio insostenible de la deuda externa e interna del subdesarrollo. Puede que esto parezca exageración como en las tragedias griegas, pero ésta es lamentablemente una tragedia latinoamericana.

Los esfuerzos, p.e. que permitieron a la FNLIJ de Brasil atender a 600.000 niños y 30.000 adultos en los últimos tres años, están por agotarse por falta de interés, de visión, de compromiso social, del gobierno, de las editoriales, de las instituciones internacionales desatentas a los esfuerzos por evitar la pérdida de 500 bibliotecas comunitarias que se organizaron con mucho sacrificio a través de la iniciativa y de la inversión de la sociedad civil.

Describiré, brevemente, cómo logramos desarrollar proyectos de fomento a la lectura, desde 1980 cuando organizamos **La Ciranda de Libros**, hasta 1989 cuando seguimos con otros cuatro proyectos de fomento a la lectura que corresponden a distintos públicos lectores potenciales.

La **Ciranda** se dirigió a las escuelas de la periferia urbana y de la zona rural donde la experiencia con la biblioteca no existía. Con un cambio de énfasis, el Ministerio de Educación de Brasil siguió con el proyecto de distribución de títulos a todas las escuelas públicas del país, abandonando la capacitación de los agentes.

**Livro mindinho, seu vizinho** se ha organizado para ocupar las Asociaciones de Vecinos con una biblioteca para niños y padres. Para las favelas de las capitales de provincia fue pensado el programa **Leia, niño y vuela**. En los hospitales públicos el programa de cuenta cuentos para las salas infantiles generó una biblioteca permanente con el proyecto **Mi libro, mi compañero**. En la provincia de San Pablo todos los hospitales lo adoptaron en 1990. El programa nacional de amparo de niños marginados solicitó el apoyo de FNLIJ para que su asistencia tuviera un carácter educativo. Así surgió **Recrianca**, proyecto con biblioteca, videos y metodología de educación integrada que parte de la literatura para alcanzar el interés por la alfabetización.

Casi todos estos proyectos son hoy objeto de tesis y evaluaciones sistemáticas por parte de investigadores de nivel académico universitario.

Dichos proyectos comparten los principios políticos y los puntos metodológicos que indicamos seguidamente:

- Estímulo a la responsabilidad social de las empresas en la capacitación de niños y jóvenes para que éstos participen efectivamente en la sociedad a través de la comprensión crítica del mundo que la lectura puede promover.
- Movilización del adulto para que reconozca el potencial transformador de la lectura en su vida y en la vida de los que están a su cargo. La capacitación es regular y permanente para los involucrados: maestros, padres, médicos, profesores, etc.
- Presentación de la lectura como fuente de placer e información, de reflexión y crítica, lejos de los hábitos escolares tradicionales que sujetan la lectura a evaluaciones y notas. La enseñanza de la lectura cambia con la práctica placentera.
- Desmitificación del libro, de la literatura y de la biblioteca como objetos privilegiados de intelectuales y gente culta, presentándolo como instrumento democrático de canje de ideas y de conocimiento cuya sustancia es la vivencia de los pueblos.
- Distribución de libros con selección de autores e ilustradores representantes de géneros y estilos diversos para que se pueda lograr un contacto amplio con las formas del lenguaje escrito.
- Organización sistemática de materiales de apoyo pedagógico específico frente a las específicas situaciones del público lector potencial para sostener la filosofía y la práctica de la lectura en los proyectos.
- Formación de personal dentro de la gente de la misma comunidad cuando no haya expertos disponibles, a través de talleres regulares, para que asistan de modo permanente y espontáneo niños y jóvenes.
- Campañas de difusión de los proyectos por la televisión (si hay apoyo económico del patrocinador) o de cualquier modo, con playeras, sellos, prendedores, afiches, etc., que involucren al niño en un movimiento prolectura.
- Acompañamiento y evaluación de los proyectos en todas sus etapas hasta que se complete la experiencia.

Sin embargo, los esfuerzos no logran dar estabilidad a los proyectos por falta de recursos, es decir, por falta de una política de apoyo permanente al fomento de la lectura en el país.

Ahí está el punto neurálgico de la cuestión: los proyectos al cabo de tres o cuatro años desaparecen porque la iniciativa privada cambia sus intereses con los vaivenes del mercado y no alcanza a comprender la importancia permanente del proyecto que ha promocionado; o porque el gobierno no asume el mantenimiento de la experiencia exitosa para conformar una red poderosa de distribución de la información y promoción de la lectura.

Frente a esta situación vivida durante toda la década de los 80, la FNLIJ pensando en el año de la Alfabetización proclamado por la UNESCO, ha evaluado su experiencia y ha decidido replantear sus estrategias: la lectura no

es exclusividad de escuelas y bibliotecas y tampoco corresponde al sencillo descifrar del pensamiento ajeno.

Con los esfuerzos realizados en el Centro de Documentación e Investigación de la FNLIJ y algunos de los cursos de posgrado en Literatura infantil y Lectura en las universidades del país, poco a poco vamos dibujando un cuadro más realista de la situación de la literatura infantil –enseñanza, producción– crítica en todas las provincias. Los estudios demuestran la fuerza extraordinaria de los cuentos para mover jóvenes, niños, adultos a pensar y a interesarse por compartir la construcción de la sociedad.

En 1989, la FNLIJ propuso al INL una nueva estrategia de fomento a la lectura. En reuniones con autoridades locales, empresarios, medios electrónicos e impresos, bibliotecas, escuelas, la FNLIJ hizo un plan común e integrado de acción, para una ciudad, piloto que durante un año llamase la atención de toda la población para alertar sobre la importancia política y social de la lectura. Al fin y al cabo la creación de una sociedad lectora es responsabilidad de todos. Esta es la base del actual programa nacional de fomento de la lectura que la Biblioteca Nacional se propone conducir.

Es evidente que sólo la conjunción de fuerzas de las intendencias, de los empresarios y de los promotores socioculturales conscientes del impacto que puede tener la lectura sobre el desarrollo, va a cambiar el rumbo de esta cuestión en los años 90.

Ya no nos sirven acciones de bibliotecas o de escuelas aisladas: el hogar, los medios de comunicación masiva, todos deben articularse en una política de promoción de la lectura.

Pero, en este caso, hay que definir una política nacional de valorización de la lectura, de articulación de las iniciativas de organismos no gubernamentales y de apoyo a las experiencias regionalizadas y descentralizadas: lograr la acción conjunta que a toda sociedad corresponde. Por otro lado, sin que los medios masivos como la televisión se involucren efectivamente, sin la multiplicación y mantenimiento de bibliotecas y salas de lectura modernas, ya no les es posible a los programas tradicionales, mover muchedumbres para alcanzar el siglo XXI de la civilización electrónica que, sin embargo, es una sociedad siempre más pendiente de la escritura y la lectura.

Se dice que la cuestión que nos separa del primer mundo es económica; pero, en verdad, somos pueblos sin futuro porque no podemos leer ni contestar las decisiones que se toman más allá, respecto de nuestro presente y futuro.

Las metodologías de promoción de la lectura pueden ser distintas y deben transformar a los hombres en lectores por el placer de compartir el lenguaje, la clave mágica de lo social; lo indispensable es el empuje articulado de las fuerzas vivas y lúcidas de la sociedad que reconocen la lectura como un instrumento básico de todo desarrollo: la expresión libre del pensamiento y el dominio del lenguaje son condiciones indispensables para el aprendizaje de lo escrito y la participación política responsable.

En nuestros países, la aventura de leer sigue siendo una aventura de unos pocos, como nosotros, que hoy estamos reunidos con poder para decir qué mundo queremos para las nuevas generaciones sin que ellas puedan, de hecho, intervenir.

Para promover una **sociedad lectora**, objetivo de la UNESCO para la década del 70, que ahora propone para los años 90 un esfuerzo mundial por la alfabetización, la única insuperable y extraordinaria metodología es leer. Lo que parece circular y tautológico es más bien lo siguiente:

- No es posible estimular la lectura, cautivar nuevos lectores, si no estamos convencidos de las ventajas de leer. No seremos capaces de convertir analfabetos o iletrados en lectores si no estamos imbuidos por la conciencia feliz de la importancia de la lectura. Los que estamos como intermediarios entre los libros y los niños –padres, maestros, bibliotecarios, editores, libreros y productores culturales–, si no vivimos la lectura como un acto de enamoramiento permanente con el conocimiento y la información, si no practicamos el placer de la convivencia con la lectura, no lograremos promoverla ni ampliar el número de lectores. Es decir, si no estamos capacitados, ¿cómo capacitaremos? O más bien, si no estamos animados, ¿cómo animar a los demás?

Sin embargo, el sueño de una sociedad lectora es bueno si nos ponemos a buscar estrategias para materializarlo. En el marco de nuestras poblaciones, ya es imposible pensar en promover la lectura sin el recurso de los medios masivos de comunicación.

¿Dónde están los suplementos infantiles de los periódicos, los programas de televisión para tratar de libros y lectura, las transmisiones radiofónicas de cuentos para grandes y pequeños? ¿O nos contentaremos con convertirnos todos en robots que aprietan botones de computadoras programadas? Más que luchar contra el poder de seducción de los medios masivos debemos utilizarlos para los objetivos más nobles porque permiten a cada ciudadano la independencia de pensar y decidir en el conjunto social y en la línea de la historia. Pero tampoco ellos son suficientes.

Debemos crear metodologías para animación a la lectura, según el público, la situación, los recursos disponibles: grupos cuenta cuentos, juegos literarios, clubes de lectura, encuentros con autores, recitado de poesías, concursos temáticos, etc. Más bien falta definir estrategias que puedan sostener y hacer avanzar las metodologías descubiertas.

Paso a sugerir algunas propuestas que a través de la investigación y el ejercicio de la cátedra universitaria se me presentan como urgentes, y que, en lo cotidiano de la FNLIJ, se comprobaron verdaderas:

1. Toda acción debe comenzar y estar seguida por una campaña permanente de información sobre la naturaleza y las funciones de lectura. La toma de conciencia individual permite a la lectura consolidarse como un bien colectivo. (Se carece de un proyecto nacional de difusión de la lectura a través de los medios masivos de comunicación).

2. La acción por la lectura debe tender a responsabilizar a la mayor cantidad de agentes: todas las personas en su trabajo, en su quehacer cotidiano en la vida social como un todo, deben transformarse en promotores "naturales" del placer y de la necesidad de leer: la familia y las organizaciones sociales son instrumentos fundamentales para la formación de lectores.

3. La promoción de la lectura depende del acceso que la gente tenga a los materiales de lectura; pero, se carece de una política que se ocupe en forma sistemática y constante de la formación y organización de bibliotecas y de centros de documentación, de la producción y distribución de publicaciones especializadas y de programas de información masivos sobre **dónde y cómo** la población puede acceder a los materiales o acerca de qué nivel de servicios se pueden ofrecer en relación con las demandas de materiales.

4. El trabajo en favor de la lectura no puede confundirse con proselitismo: desarrollo de la lectura no corresponde a ofrecer claves de lecturas dentro de determinados modelos teóricos, sino favorecer la eclosión de nuevos modos de leer lo que está escrito, para no sujetar experiencias distintas a un modelo de interpretación cerrado. Esto lo deben tener en cuenta los agentes promotores de lectura.

5. Integración vertical y horizontal entre los organismos que investigan y los que planifican y ejecutan la promoción de la lectura, a través de congresos, seminarios y talleres que aproximen las dos realidades.

6. Ampliar las tiradas de libros para abaratar lo costos de publicación, dejando de lado los mecanismos de subsidio que tienen compromisos e intereses diferentes de la auténtica promoción de la lectura, y exigiendo que el Estado garantice un tiraje para las bibliotecas de obras ya publicadas y seleccionadas por un comité multi-institucional de organismos especializados o de obras consagradas por el interés del lector.

7. Interés de las editoriales en apoyar a los organismos no gubernamentales que promueven la lectura con la publicación de materiales sencillos de orden técnico y práctico que diseminen guías de orientación para el gran público. Pensamos que el penúltimo beneficiario del trabajo de estos grupos es el editor, el último es, de hecho, el lector.

8. Difusión de las experiencias metodológicas que hayan sido exitosas a través de un banco de datos donde cualquier persona pueda registrarlas. Estas experiencias una vez procesadas y diseminadas según la demanda, pueden ser divulgadas a través de publicaciones baratas al alcance de los interesados. La organización de una red nacional de información sobre promoción de la lectura, es una iniciativa que indudablemente corresponde a gobierno, a la universidad, a los centros de documentación.

9. Por último –o más bien la primera propuesta– incluir de inmediato en los currículos de los cursos de formación de maestros, o en las licenciaturas en pedagogía, letras, bibliotecología, comunicación social, la asignatura

**promoción de la lectura**, como herramienta indispensable de información y formación de agentes capacitados.

Las estrategias definidas pueden servir de base para acciones concretas, descentralizadas aunque articuladas, que creen y renueven sus metodologías según las necesidades y condiciones de cada grupo potencial de lectores.

Aun es preciso tener en cuenta que la crisis por la que pasa la lectura en América Latina no se origina únicamente en los problemas relacionados con los métodos de enseñanza, con la producción de libros infantiles y su circulación, sino que, fundamentalmente, es producto de una crisis general de una sociedad discriminadora que no ofrece igualdad de oportunidades de acceso a la cultura y de la situación de dependencia en que se encuentran los países latinoamericanos. Por consiguiente, esta crisis no es más que uno de los efectos de un problema social de más amplio espectro.

Sin embargo, una encuesta en los Estados Unidos, hecha por pedido del Congreso, recientemente publicada, apunta que solamente el 7% de las personas egresadas de la enseñanza media están aptas para leer un mensaje informativo y concluir sobre su significado. En el campo del texto artístico, la capacidad de proponer interpretaciones es reducida ya que no logran establecer relaciones entre el texto y el mundo.

Esto no es muy distinto de lo que pasa en los países europeos, con un alto nivel de alfabetización, donde el iletrismo avanza bajo el impacto del discurso electrónico de la imagen. Pero, hay que recordar sencillamente que no llega a la pantalla lo que antes no ha sido texto.

Por estas razones, consideramos que es necesario pensar en la animación de la lectura teniendo en cuenta los antecedentes globales en los cuales hemos insistido. El riesgo es perderse en alguno de los hilos entrecruzados de actividades que esfuman la lectura, donde el texto no es más que pretexto para el uso de otros lenguajes.

Más bien nos parece que los programas de animación a la lectura deben convertirse en oportunidades de encuentro entre lector y texto para una lectura del mundo a través de la palabra, con la advertencia de Barthes sobre el fascismo del idioma que nos obliga a decir cosas. Sin embargo, en la duplicidad del discurso artístico uno percibe el revés de la realidad. Es el paso que justifica la existencia del texto, del libro, y permite crear una práctica permanente de lectura. Dice Paulo Freire, la lectura del mundo antecede a la lectura de la palabra "aunque la fuerza ideológica del discurso elude al lector que piensa encontrar los significados en la palabra." Parodiando a Antonio Machado: "lector no hay sentido, se construye el sentido al leer". La animación debe conducir a esto, al encuentro de la conciencia crítica, a las relaciones palabra-mundo. Crear las condiciones para valorizar la lectura es el medio más seguro de animar al lector. Es él quien anima la lectura.